



El viaje postal de la familia Barreto Vargas

OK
A1273896

ÁLVARO MIRANDA

Trabajo fotográfico: Esteban Pinilla

El comerciante Roberto Barreto y su mujer María Elena Vargas de Barreto han dejado en Bogotá, su ciudad de residencia, a sus dos pequeños hijos, Roberto y Enrique, para viajar a Europa. Los niños, que al parecer están entre los siete y diez años, han quedado bajo el cuidado de la abuela Teresita de Vargas, mamá Teté, que goza de buena salud a pesar de su edad, en su casa de la calle 12 N.º 92.

Los viajeros son acompañados por su sobrina la joven Carmen, que en verdad no es muy agraciada. Tiene una cara de mandíbula un poco larga, labios no carnosos, una mirada asustadiza y una nariz que ocupa una tercera parte del centro de su rostro. Pero esto poco importa porque a las siete de la mañana del 21 de abril de 1924, cuando ella está en el esplendor de su inocencia juvenil, los tres viajeros se hallan nostálgicos pero felices en Barranquilla.

Dos días más tarde deciden desplazarse a Puerto Colombia a darse unos baños de mar y esperar que sea domingo para montarse en el Pellerin de Latouche que los pondrá al otro lado del océano. Ya verán el trasatlántico; no parece muy grande. Es sobrio en su puente de paseo con sus sillas de descanso para que los pasajeros puedan sentarse a contemplar el azul del agua y el azul del cielo cuando se juntan en el horizonte. La terraza café del Pellerin tiene mesas y sillas de mimbre para que en su modesta comodidad se pueda departir en el transcurrir.

En cada lugar al que llegan y encuentran un correo, escriben como para que toda la familia que han dejado en el frío altiplano andino sepa que la llevan en su corazón. Cartas y postales son remitidas de inmediato. La consulta, hasta el momento, no ha encontrado las cartas que los Barreto Vargas enviaron desde su viaje al exterior. Las postales, 425 en total con unas pocas que se refieren a viajes de otros amigos, con mejor suerte, llegaron al siglo XXI, después de una existencia de ochenta años de archivo, a lo mejor familiar, para hablar de su propio pasado a través de unos pocos mensajes escritos en su reverso y que un librero de viejo y dos o tres compradores dejaron pasar. Las tarjetas en blanco y negro reemplazaban para la época la generalización de las cámaras personales. Dentro del conjunto de las cartas postales sólo una de París está iluminada. El río Sena corre gris bajo el Pont des Arts, cuyas bases simulan piedras con el amarillo que de igual modo se riega con mayor acento sobre los sombreros ambarinos de los pasajeros que bajan de la barcaza que ha terminado de pasearlos por el milenario afluente. De igual modo, el iluminador le ha colocado un evaporado añil a los lejanos techos. Los árboles de tronco delgado tienen su existencia vegetal definida en el follaje verde de sus hojas. La policromía en las estampas postales tiene sus antecedentes. Once años antes, la familia las recibe de Alberto

Página anterior:

Roberto Barreto, María Elena Vargas y su sobrina Carmen.



Transatlántico Pellerin de Latouche, café-terrace.



Instituto y Puente de las Artes, París.

García, quien se las ha remitido desde los Estados Unidos. El color tipográfico realza dos lugares de Nueva York: Trinity Building-Broadway, con su sobriedad de veinte pisos que miran por un lado al parque y sus árboles y por el otro los diminutos transeúntes y los tranvías que en Broadway reposan estáticos en el mismo punto para toda la eternidad. El segundo envío de García selecciona, para conocimiento y mensaje a su amigo Roberto Barreto en Colombia, una pequeña cartulina rectangular donde está dibujado, no fotografiado, Brooklyn Bridge, ese puente que cruza un río turbio donde navega un barco de dos chimeneas que saluda de fondo los rascacielos no muy altos de la ciudad que parece luchar iluminada bajo la pesadez de nubes grises. La tarjeta postal reemplazaba la carencia de la cámara individual de viajeros y turistas. Con las ilustraciones impresas hacían síntesis de sus viajes, memoria y remembranza para ellos mismos, familiares y amigos que no alcanzaban, a través de las palabras, a reconstruir con precisión y lujo de detalles lo que había sorprendido la retina del ojo peregrino. En el reverso, el mensaje. En una caligrafía a tinta negra se envían los saludos, los recuerdos, las expectativas de los desplazamientos, las recomendaciones para los que se quedaron: que los hijos no descuiden el estudio en el colegio, que los perros no se enfermen y que los canarios enjaulados coman sus porciones de alpiste y calcio. Todo va en síntesis, el tamaño del papel no permite más. La tarjeta donde se envía uno de los primeros mensajes por parte de la madre es del barco. Está impresa en papel brillante y, aunque tiene la dirección del destinatario en su parte superior, no aparece estampilla o sello que explique el pago de su envío:



Edificio Times, Nueva York.



Puente Brooklyn, Nueva York.



Banco de Guadalupe en Pointe-à-Pitre, Guadalupe.



Puerto pesquero en Pointe-à-Pitre, Guadalupe.

“Barranquilla 22 [abril] de 1924

“Mi adorado Enriquito. No se imagina la falta que me haces; espero se maneje muy bien para darle gusto a su mamá. Mil besos. María Elena”.

En el gris, el negro y el blanco de las fotografías el tiempo no está capturado. El tiempo está activo en su lugar, en su año 1924. El tiempo de quien ve la fotografía desde el presente es el tiempo detenido, porque el vidente entra a otras coordenadas donde el espacio es de igual modo plenitud. Los Barreto Vargas ven lo que la fotografía fija y guarda en su memoria de papel. Las ciudades de Francia se imponen con magnitud. La arquitectura es de historia y de imperio que en nada se parece a ese pueblo grande llamado Bogotá, ese pueblo ciudad que tienen que recordar cada vez que llenan con plumilla y tinta una de las postales.

Como la locomoción es tan pausada, cuando ellos lleguen a Europa sus primeras postales enviadas desde el Caribe apenas están por llegar a las cumbres de los Andes. El viaje por el Caribe permite que los Barreto Vargas conozcan dos posesiones francesas en las Antillas Menores: Martinica y Guadalupe. El territorio de Guadalupe está dividido en dos islotes, con sus mulatos y sus negros, con su establecimiento bancario que no es más que una casa de dos pisos, con su pobre destilería de enormes galpones con altas chimeneas, todo ello en Basse-Terre, su desamparada capital, cuyo orgullo lo representa un corto puente de piedra de dos arcos, resguardado al fondo del paisaje por ondulantes cerros.

El mar parece haber estado azul y tranquilo en su travesía. El seguimiento postal sugiere que el desembarco de los Barreto Vargas en Europa se realizó en el Medi-



Bulevar del Océano, una esquina de la playa, San Nazaire.



Estaciones de tren en San Nazaire: París-Orléans-Este del tranvía de La Roche-Bernard.



Avenida de los Campos Eliseos, París.



Torre Eiffel, París.

terráneo francés ¿Por qué no en Marsella, el puerto más grande del país galo? No se conservan postales del lugar. ¿Burdeos? Se conservan treinta postales. En Saint-Nazaire el matrimonio y la sobrina encuentran una ciudad pequeña, un refugio marítimo donde los faros en su costa dan la bienvenida. La iglesia de Saint-Nazaire es gótica, de una belleza maciza, monumental, sin torre alguna que sobresalga de su techo inclinado. En la estación del tren las locomotoras son pequeñas, y armonioso y limpio el bulevar del Océano, como llaman a esa calle de casas alineadas con puertas y ventanas que no dejan de mirar el color del Mediterráneo.

El 16 de mayo llegan por fin a París “a las 2:30 después de un viaje feliz”. Roberto les escribe a sus dos pequeños hijos. Detallará su ubicación para la correspondencia. Se instalan en el hotel Imperial, en la esquina Jorge V, con el número 4 de la calle Cristóbal Colón, a una cuadra de Champs Élysées. De inmediato comienzan a recorrer muchos lugares. La torre Eiffel es inevitable. Suben a ella para posar ante el fotógrafo, que hace su trabajo desde las alturas. El marco de hierro de la torre se entrecruza detrás de los tres colombianos. María Elena está sentada en una silla que al parecer el fotógrafo emplea para lograr un mejor ángulo con sus clientes. Del sombrero de la mujer, estilo bombín, de copa redonda y brillante, sale una seda que cae sobre su hombro derecho. Nadie sonríe. Roberto, parado al lado izquierdo de su esposa, con su sombrero *canotier* de paja, copa baja, plana y encintada, y ala recta, mira de modo artístico y picarón a la cámara. Él sí sabe de



Las columnas de la Plaza de la Nación, París.



El bulevar Montmartre, París.



Plaza de la República, París.



Panorama del río Sena y La Cité, París.



Bulevar y portal de San Denis, París.



Versalles: vista aérea sobre el parque, el castillo y la ciudad.



Hotel de París y la entrada a la calle de La Gruta, Lourdes.



Postal dirigida a Roberto Barreto.



Panorama de la intersección entre Châtelet y el río Sena, París.



Estación Central del tren y los Alpes, Lausana.



Ensenada, Ginebra.



Ensenada y Jardín Inglés, Ginebra.

elegancia. Ha metido la mitad de su mano derecha al bolsillo del saco, mientras la izquierda la lleva a la cintura. A Carmen, a la derecha de su tía, le falta algo de *glamour*. Desconoce la importancia de saberse parar correctamente, pues en ocasiones mete los pies y en otras los ladea a la izquierda. Tiene pose de niña; en sus manos sostiene sin gracia, hacia el centro de su cuerpo, una pequeña cartera de cuero.

Roberto piensa; no ha podido dejar de pensar en su familia tan lejana al otro lado del mar. Llena de modo apresurado postales parisienses en que encabeza el saludo con una frase donde quiere indicar que los hijos son por igual amados por el matrimonio: “Nuestros muy queridos Roberto y Enrique”. Su caligrafía es delgada, propia de una persona que ejerce de modo continuo la escritura. A lo mejor, si escribiera con menos prisa, su letra podría ser más armoniosa y equilibrada. Lo cierto es que tanto hombres como mujeres de un nivel social como los Barreto —es decir con posibilidad de viajar a Europa, con preocupación por obtener “buenas” calificaciones escolares—, tienen una caligrafía que se ha aprendido en cartillas *Palmer*, ese método que enseñaba la escritura con letra cursiva y que perduraría como obligación en el aprendizaje escolar hasta finales de la década de los sesenta del siglo XX. Sin embargo, la prisa que parece tener don Roberto lo lleva a componer un texto de apariencia desordenada y con uno que otro manchón. Los tres viajeros ya casi completan un mes que no saben nada de sus parientes en Colombia. La última noticia que tuvieron de ellos fue recibida el 23 de abril, cuando el Pellerin de Latouche estaba a punto de salir de Puerto Colombia.



La iglesia rusa, Ginebra.



Tumba del soldado desconocido (debajo del Arco del Triunfo), París.



Plaza de la Concordia, París.



Estación de San Lázaro, París.

Ya están en su destino de viaje. El 16 de mayo escribe a sus dos hijos: “Al fin llegamos a esta bellísima ciudad [París] ayer a las 2:30 después de un viaje feliz, pues no tuvimos contrariedad ninguna. Ojalá hayan recibido todas nuestras cartas, pues de todos los puertos en que hemos tocado les hemos escrito, una veces a su mamá Teté y en otras a ustedes. En las pocas horas que hace que estamos aquí hemos ya paseado mucho y conocido muchas cosas, pero a cada parte para conocer bien es necesario dedicarle varios días. La falta que ustedes nos hacen es inmensa y no pasa un instante sin que deploramos no poderlos tener con nosotros. Esta postal es la del edificio del hotel en que estamos viviendo, en la esquina de la avenida Jorge V y la calle Cristóbal Colón, a una cuadra de la avenida de los Campos Elíseos, una de las más bellas de esta ciudad. Estamos locos por recibir carta de ustedes y de su mamá Teté, pues desde el 23 de abril no sabemos nada de allá. Reciban muchos besitos, la bendición de sus afectuosos padres, Roberto, María Elena”.

El 2 de junio visitan el palacio de Versalles. Carmen comenta a sus primos de Bogotá, Roberto y Enrique, que se han unido a Andrés Vargas y Elvira. De esta pareja no se sabe si estaba con anterioridad en Europa o si había llegado para la fecha. De todos modos, el grupo compuesto ahora por cinco visitantes no puede entrar a la edificación por estar cerrada. Se tienen que contentar con mirarla por fuera. Sin embargo, quedan admirados con los fuegos artificiales y de agua que se organizan a su alrededor. Han estado de suerte: este espectáculo sólo se organiza tres veces al año, y hoy es un día de esos, así que seguirán de largo para regresar a París cuando sea medianoche. París, sí, esa ciudad donde por primera vez entenderían los viajeros lo que significaba un embotellamiento de coches de caballo, coches de motor y tranvías frente al correr limpio del Sena.

Los Barreto Vargas son muy católicos. En su adquisición postal muchos de los registros presentan tanto interiores como exteriores de templos góticos y romanos. Guardan una permanente vocación por la Virgen, y el santuario de Lourdes ha de convertirse en uno de sus lugares de visita principales. Un año después del viaje, con fecha 31 de mayo de 1925, como para corroborar su vocación mariana, Roberto Barreto recibe en sus manos y de alguien que firma con las iniciales A. M. D. G., una fotografía postal en la que aparece un mueble transformado en altar casero donde una imagen de la Virgen está adornada con flores y cirios. El poema que aparece al reverso es de una factura lamentable: “Escuchad,avecilla sin plumas / que Dios me confía; / escuchad el lenguaje de mi alma / que hablando suspira: / cuando el vuelo tendáis por los aires /, volad muy arriba; / no poséis vuestra planta en la tierra / que es fosa muy fría... / Ascended, ascended cual el águila / el águila Andina... / y en la Madre del Dios que os espera, / clavad la pupila”.



Teatro del Odeón, París.



La Cibeles y Casa de Correos, Madrid.

En las postales que Carmen remite a sus primos les pide que comulguen mucho por ella, a la vez que le envía “mil saludes” a la hermana San Luis. La correspondencia tiene buen ritmo, dado que hay interés en enviar y recibir cartas y postales de modo continuo. Gracias a esta continua comunicación, las fechas y las noticias parecen acercarse en la medida en que la correspondencia más antigua que llega se encarrila con la más reciente que se envía.

Para el 10 de junio Carmen responde a otro primo que hasta el momento no había aparecido en la lista postal: “Queridísimo Danielito. Recibí tu cartica. Se la agradecí muchísimo. He visto muchos caballos en los circos y le he pensado mucho. Me haces muchísima falta”. Antes de hacer el cierre, Carmen vuelve a usar la fórmula consabida: “Reza mucho por mí. A tío Joaquín y a tía Josefina mil recuerdos”.

María Elena, la madre, tiene frente a sus dos hijos dos preocupaciones: las buenas calificaciones que han de obtener en sus estudios, así como la permanencia que han de observar frente a la oración.

El 23 de junio la madre se manifiesta así: “Mi Enriquito querido. Con el gusto más grande recibí su cartica y [noto] con gran gusto que ha seguido sacando buenas calificaciones. Espero siga así para tenerme muy contenta. En Lourdes pedí mucho por usted a la Virgen para que siempre sea bueno y puse un cirio en su nombre”.

En Lourdes, donde se dice que la Virgen se le apareció a Bernadette Soubirous en 1858, los Barreto Vargas debieron alojarse en el Hotel Moderno, un edificio esquinero cuyo vértice curvo de seis pisos semeja una torre con cúpula. Se tropezaron con procesiones de monjas de hábitos negros acompañadas de novicias vestidas con hábitos blancos y caballeros de riguroso ceño y un cirio en una de sus manos. Todos, en oración y cantos, marchan en fila india por una ancha avenida con característica de explanada. Sobre la plaza pavimentada que se halla delante de la iglesia del Rosario, la primavera aclimatada al aire con temperaturas tenues, mientras mujeres elegantemente vestidas, con grandes sombreros, esperaban en sus sillas de ruedas el milagro de una curación. Los Barreto Vargas debieron estar sobrecogidos frente a la panorámica campestre de los Pirineos, donde, como un castillo de hadas, la basílica de Lourdes se levanta estilizada con su gran torre central, antecedida por esos dos enormes círculos en forma de número ocho que se elevan como puentes. El Gave corre manso a uno de sus lados.

Para el 21 de julio se hallan en Suiza. Han llegado a la Place de la Gare de Lausana. Frente a los tres colombianos está el infatigable movimiento de trenes que responde al desco de todos los viajeros, hombres y mujeres que caminan con la seguridad

de encontrar ese lugar conocido donde han de llegar. Sin embargo, a María Elena la ciudad nada le comunica. “De esta ciudad —dice— casi nada tengo que contarles”. En este momento parece que la nostalgia por sus dos hijos se ha hecho más fuerte. Sólo espera que no esté lejos el día en que puedan volverse a ver. Ella, su marido y su sobrina tienen cuatro meses y medio de haber salido de su hogar. Lausana, para los ojos de esta mujer, está como su ánimo: “Me ha parecido la parte alta muy triste, todos los hoteles tienen un gran jardín pero muy pocas flores. Están llenos de pinos que dan triste aspecto”.

Para el 28 de julio manifiestan haber conocido a Ginebra, donde permanecen por unos días. Sobre el horizonte, el Monte Blanco parece una nave gigante en su inmóvil ruta por el cielo. En la rada que rodea a la ciudad, un velero se deja embarazar del viento. Las aguas están rígidas como azogue sobre un vidrio terso. Desde el Jardín Inglés parte el puente con una rectitud solemne como si así, sobre su plano, los tranvías eléctricos fueran invitados a traquetear sobre sus rieles de hierro. Carmen considera que es la mejor ciudad de Suiza. Con Roberto y María Elena contemplan la blanca iglesia Rusa, que se sienta de modo extraño alrededor de edificios ginebrinos que parecen mirarla a través de sus ventanas.

El 14 de agosto retornan a París. Carmen cuenta que ha visto el desfile de mil cadetes ingleses que visitaban la Tumba del Soldado Desconocido. La banda militar desfila con “vestidos de escoceses muy bonitos y entre ellos muchos niños como Roberto”.

A través de las innumerables postales que trajeron no se establece en qué fecha retornaron a Bogotá los Barreto Vargas. Sus comentarios escritos a través de las cartas postales van por tres meses. Cuatro años después, para el 24 de abril de 1928, la viajera es otra: se trata de la señora Leonor Vargas, quien, al igual que los Barreto, pasará en Europa una larga temporada en compañía de su esposo Jorge. En dos ocasiones le escribe a su tía Teresa de Vargas, mamá Teté. En la primera oportunidad pide que le digan a María Elena que por ellos le ha puesto un cirio al Cristo en Madrid.